

Trista

El camino avanzaba entre olmos hacia prados en que moría el sol con dorada y trémula agonía. Ya vaporosos los confines daban sobre la roja planicie penumbras azuladas de olivares, y había cansancio en los aires y languidez en las aguas de un invisible río. Trista hizo sombra a los ojos, la resplandeciente etapa a recorrer acreció su cansancio. Sentóse sobre una raíz y devoró su último mendrugo. Le invadía el sueño golpeando los párpados con sed de reposo, y la ardentía de la senda llagada por pasar de rebaños y golpes de ruedas, levantaba como un manto onduloso a sus ojos rendidos, velo de sopor que era tenue y se volvió sombra traspasada por el cantar de las cigarras. Cayó sobre el polvo. Decía su manso abandono, mansedumbre de frío y de hiel, del hombre injuriado, roto en el pujar de la vida. Bien lloraban sus azares, aquellas canas primerizas y aquella arruga del entrecejo y aquel sonreír amargo, que es agraz de venturas no venidas y largamente esperadas, duro sonreír de vencidos y de tontos que esculpe en los labios un desafío callado o un rictus idiota por los que sale el alma de nieve. . .

Durmió largamente. Al despertar, las estrellas relucían a través del follaje y el viento apresuraba el plañir de cercanos manantiales. Ciñóse el zurrón, tomó la lira y echó a andar bajo la noche clarísima. Grávidos de dulzura los campos se escarchaban de luz, una que otra nube algodónosa sombreaba el azul inefable: en el albor nocturno, lleno de aromas silvestres, las luciérnagas esparcían fosforescencias vagabundas, y sobre su tierno rutilar, como de quebrados luceros, algún ruido de alas volteaba ecos sordos. A veces, alimañas en fuga herían la hierba hecha sonoro tisú por el chirrido de los grillos. Y, en la alta hora, la cándida luminosidad henchía de ternura su sosiego, acariciando los sentidos con la odorífera molicie del

verano campestre. Lejos, en decir de amores una fuente gemía.

Después de salvar por larga distancia el camino de olmos. Trista volvióse. Estaba en plena llanura. Conmovido extendió sus brazos y murmuró su primera plegaria de peregrino. Las lágrimas velaban sus ojos, y su túnica movida por el viento hacía un angel blanco; se alargaba su sombra en inmensa cruz. Por vez postrera contemplaba el horizonte amado en que su ciudad natal lucía como ardiente polvareda: recordó su infancia y a su muerta adorada. Dentro de sí corría algo tumultoso y triste.

— ¡Señor!, murmuró levantando los ojos a la altura, no tengo padres, ni hermanos, ni amigos. Prediqué a los hombres de la ciudad el amor al bien, mi lira cantó sus glorias y ellos me destierran. ¡Que tu piedad alumbré mi juventud consumida!

Arrodillóse y besó la tierra ya extraña. Luego, con paso ligero, fuese bajo la luna solitaria, en la quietud campesina que el susurrar del viento inundaba de pureza melancólica.



Un crepúsculo, los vaqueros volviendo al poblado con el fresco reír de las esquilas, a la luz de Venus, encontraron, tendido en el soto, un hombre de negras barbas. Dábale almohada un zurrón y yacía a su lado polvorosa lira. Dos de los vaqueros detuvieron el paso, meditativos. La respiración agitaba afanosa el pecho del desconocido, moviendo su túnica; el rostro, bajo el arco grácil de los cabellos, tenía el flavo brillar de marfil ensombrecido por los años y decía la fatiga de un viaje sin término. Reposaba como traído allí por el acaso, sobre las hierbas olorosas, al último claror del sol, en la hora suave. El vaquero más alto, mozo de nariz chata y de brazos bastantes a desjarretar un toro, dió con el pie al dormido.

— ¡Eh, vagabundo!

El hombre de las negras barbas abrió los ojos pesarosos y se incorporó.

— Soy un extranjero — dijo, — me llamo Trista. Hace dos lunas que vago lejos de mi patria.

Los vaqueros se echaron a reír.

— ¿Pides limosna? — preguntaron.

— Dadme pan, os pagaré con una bella canción.

El vaquero más bajo hizo cañuto de los labios y golpeó el suelo con la garrocha.

— ¿Por qué nos pides pan a nosotros?

Trista respondió con voz más dulce que la brisa agitando follajes:

— Los habitantes de esta tierra son ingratos, no me han dado más que golpes; pero vosotros sois gente sencilla y tenéis corazones puros.

Una mirada recelosa flameó en los ojos de los rústicos. El más alto levantó un puño cubierto de vello rojo.

— ¡Fuera! — gritó, — si nadie te quiso dar pan tampoco te lo daremos nosotros! ¡Fuera!

Trista tendió sus manos flacas y piadosas, parecía bendecir a los mezquinos.

— ¡Vete! ¡vete! rugieron éstos, avanzando amenazadores. Trista huyó. El vaquero más bajo dijo al otro con lengua que la emoción volvía tartamuda:

— Es el mago cuyo conjuro pesa sobre nosotros. Las cosechas se han perdido y las vacas malparen: su genio maléfico nos hará morir. Avisemos a los guardias del rey.

Trista, medroso, habíase ocultado en el tronco hueco de un árbol. A través de los agujeros de su asilo veía los campos adormeciéndose en paz nocturna, humedecida de amor. Apenas quedaban rastros purpúreos del sol huído y la luna asomaba blanquisima entre nubes: parecía velar la tierra una quietud evocadora de los ángeles cuyos pies hollaban las constelaciones, en las sombras quedas. El corazón del fugitivo regalóse de esperanza suave y clara como el rodar del agua sobre guijarros. Iba a abandonar su escondrijo cuando un ronco vocerío sobresaltó el silencio e hizo más vivos sus temores. Era una procesión de sacerdotes vestidos de blanco a los que seguía gran golpe de gente. Guardias y soldados hacían relucir lanzas, arrojando gritos de guerra y sobre el estrépito pasaban amenazantes los sonos del timbal.

La procesión se detuvo. Un anciano incensó hacia los cuatro horizontes, entre murmullo de rezos. Después, con griterío espantoso, la multitud se dispersó anhelosa, cruel, como la jauría tras el ciervo herido. Trista lloró lamentando la ignorancia de los hombres. Hubiera querido entregarse manso y fraternal, pero el temor le devolvió la cordura y quedóse quieto.

En vano los moradores de la tierra ingrata buscaron a Trista, en vano los sacerdotes imploraron a los genios de las aguas, de la tierra y del aire, en vano los guardias acotaron de fuego la comarca: el mago no fué hallado. Lamentoso y pálido, oraba dentro de un árbol, invisible a las miradas criminales. Pero los soldados prosiguieron tenazmente su cacería, y, entonces, la desesperación iluminó a Trista. Aguardó la media noche, en su angustiosa espera oía labios fervorosos que impetraban la muerte del maldito. Cuando la luna dió de lleno sobre su prisión tomó la lira y tañéndola arrancóle un gemido prolongado. Fué una melopea lúgubre y un cantar de muerte saliendo del árbol en espiral diabólica hacia las ramas de plata, tal que éste semejava una tumba viva en que los difuntos despertaran al llamado de trompetas para escarmiento de algún crimen. La voz de Trista se hizo gutural y la melopea acidula en el plañir del viento que llevó a la multitud el pavor de las sombras fúnebres. Trista asomó la cabeza y levantóse lento, lento, con su lira y su cantar. El gentío quedó inmóvil, atado por el pánico. Trista, entonces, saltó fuera, erizados los cabellos, brillantes los ojos, blanca de luna la túnica, y su voz volvióse estridente y sus dedos azotaron frenéticos las cuerdas musicales: parecía el espectro que, en la región, devoraba los muertos, a orilla de los lagos. Ni un grito salió de la negra muchedumbre, torvo, por encima de ella sonó un graznido. Después, al avanzar de Trista sacudióse alelada, chocó entre sí y desparramóse por fin con desbande de agua fluvial rota en las peñas más altas, bajo una tempestad: desbaratada, ciega, demente huía, y, sobre su tumulto, las fogatas distantes prolongaban siniestros resplandores. El suelo cubrióse de lanzas y de picas.

Trista quedó solo bajo la luna, un sollozo escapó de su pecho. El horror al misterio, flotante en la frágil conciencia humana, le había salvado. Quedó largo tiempo pensativo, lejos las fogatas lamían la tierra, el viento soplabá inhospitalario y cruel. Pensó que la aurora podía quitarle la vida y echóse a correr. Cuando salvó los lindes de la comarca palidecían las estrellas.



Cinco lunas se encendieron durante el viaje de Trista. Cinco lunas que alumbraron con luz fraterna y abundosa en olvido a quien laceraban los hombres más hostiles que el fuego tórrido del sol. Páramos y vegas, montes y tembladerales, habían señalado en la fatiga del mísero, dolientes etapas que volvían en su añorar como incendiados pendones fulgurando entre humo; pero ni una queja salió de aquellos labios, escabel de los divinos amores, ni un gesto de aquellas manos movidas por el bien. La pulpa del cardo, algún fruto al azar recogido, y los huesos que desdeñaban los canes, fueron su rudo yantar, y, así, magras pitanzas y sueños sobre cojines de rocío trastornaron su figura en fantasma cadavérica, de convulsas manos y rutilantes ojos, cual astros luctuosos en el cielo de su mirar eternamente dulce. Y ese muerto animado iba manso por el mundo, diciendo palabras de fraternidad y ensueños de irreveladas venturas más suaves que el requerirse de las tórtolas en un crepúsculo sereno, al llorar del agua entre las rocas, y sus pies cárdenos hollaban los guijarros cual si fueran tapices y él hablaba a los hombres cual si fueran sus hermanos. Pero éstos aventajaban a aquéllos en dureza, y el fugitivo, temiendo herirlos, callaba cuando le herían. De noche, al asilo de algún árbol, imploraba perdón para los extraviados y su espíritu volvía a la quietud de los años de la infancia, mientras el sueño le abrazaba el cuerpo, lánguido y perezoso, como una mujer que se ama y que tiene aroma en los besos y paz en las pupilas. Dormido veía, a veces, una escala toda de plata, que salvaba las estrellas y por la que subían sus anhelos figurados en ángeles a una atmósfera luminosa, y era purísimo el sonreír que a sus labios, entonces, asomaba.

Esa mañana, Trista, después de cruzar un bosque, dilató los ojos llenos de júbilo. Verdeaba ante él, bajo el rubor del cielo, una comarca de colinas herbosas que la frescura primaveral hacía macizos de esmeralda transparente y la comarca extendíase igual a un manto de felicidad, rica en arroyuelos y sembradíos hacia esplendorosas iontananzas. Aceleró el paso, llegaban a su oído cánticos y voces graves. Los ecos se hicieron más distintos: comprendió que los moradores de la región celebraban las fiestas de la agricultura. Ahora veía relucir innumerables guadañas y los cantos corales repercutían majestuosamente en el aire diáfano, al compás de flautas; bueyes blancos

movían su testuz ceñido de rosas y bandadas de palomas esparcían con su volar el recogimiento de la fiesta sagrada. De pronto cesó todo rumor y sucedió una calma ansiosa entrecortada por el tierno murmullo de las alas. Trista vió que se acercaban presurosos tres ancianos.

— Eres el Esperado, — le dijeron arrodillándose. — Tu pueblo te aguarda.

Trista pensó en un milagro de la suprema sabiduría y vió en aquellas canas venerables tres luceros portadores de la misiva celeste. El reposo de su corazón se apagaba en beatitud: quedó inmóvil, rezando. Haría de su reino la sede del bien sobre la tierra y su vida no sería inútil. Blancas visiones, las de los ángeles en la escala de plata, volaron por sus ojos. Puso las manos trémulas sobre las cabezas de los enviados y fuese con ellos.

Una carreta cubierta de guirnaldas, que arrastraban dos bueyes de cuernos purpurados, le esperaba. Por un momento onduló en la silenciosa expectativa el quejido de las flautas tañidas por un coro de doncellas, cuyas sienes ornaban espigas brillantes de rocío. Al paso lento de los bueyes la carreta se puso en marcha. Trista oprimía su lira contra el pecho, el viento agitaba sus largos cabellos tendiéndolos como un fuego de inspiración, y el mirar de sus grandes ojos negros, su crecida barba, la túnica rotosa, uníanse dominadores en la claridad de un ser profético que aureolaba el sol. Oyóse un clamor vastísimo: el pueblo saludaba fervoroso a su rey. Volvieron a sonar los cantos y chocaron juntas las guadañas con estridor unísono de hierro nuevo. Trista miraba a aquella multitud que sería la arcilla de su obra clarísima y veía brazos extendidos y labios en que las palabras eran miel. Levantó las miradas al cielo ya candente y un culebreo de llamas le veló el mirar. En los follajes próximos gorjeaban ruiseñores.

Los bueyes habían detenido el paso. Trista descendió de la carreta y avanzando entre lluvia de lirios y férvidas aclamaciones, llegó a un solio argentino de tan claro brillar que parecía, bajo los pliegues purpúreos del dosel, la luna surgiendo, tras vapores, en un crepúsculo de estío. El más anciano de los enviados ciñóle una áurea corona y le dijo ante la afanosa atención del pueblo:

— Te anuncié nuestro último rey, postrero de su dinastía

en su lecho de muerte: vendrías haraposo y rendido de la región del bosque, con una lira en la mano. Bienvenido seas. Este pueblo que te rodea es el tuyo y espera tu ley.

Trista se levantó. Abierto y sin límites se extendía su reino bajo la magnificencia matinal que el sol avanzando en su carrera trocaba en inmarcesible resplandor de oro puro: oro los sembrados, oro los arroyuelos, oro los caseríos, oro las colinas: un fulgor ondulante que cortaban las guadañas con quietos relámpagos y que el viento movía en azares de luz. Ese era su reino, ése sería el reino del Espíritu.

Tendió su diestra y su amor a los hombres desbordó en palabras de severa sencillez. El pueblo le oyó recogido, inclinadas las cabezas como si pasara sobre ellas una nube de fuego.

Y, así, comenzó el reinado de Trista.



Cuarenta veces había mostrado la luna su redonda faz de plata al nuevo rey, cuando el tuerto, jayán de establo, dijo al filósofo:

— Esta noche el Esperado saludará al otoño desde la Victoria de oro. Yo le arrojaré un lazo al cuello y tú lo juzgarás ante el pueblo.

El filósofo rascóse la joroba contra el muro, y respondió moviendo afirmativamente la calva habitada por dos pelillos solitarios:

— ¡Bien!, trae mucha gente.

Y, de braceró, el filósofo y el tuerto fuéronse a beber.

Era el filósofo más que un hombre un roto embutido de carne amarillenta y lasa, que sostenía dos ojuelos suspicaces como vigias del mal en su brillo parduzco, no sombreado de pestañas. Ojuelos combos, oteadores de trances que provocaran hieles sentenciosas a sus labios puestos sobre boca tan huérfana de dientes como apadrinada de injurias. Ojuelos en que el mirar se agazapaba para relucir traicionero a flor de aquella pasa de higo, que, burla burlando toda cosa sin jugo, a guisa de rostro, en momento alegre, le diera natura. La nariz de fresa, esculpida, tal vez, por zalagarda de puñetazos, clavaba una lanza en el rastrojo de sus mostachos y barbas incoloras. Sus grandes orejas, zahurdas de suciedad, ofrecían

asas al pote de una calva buída e ignorante del agua. Cierito chusco llamó su joroba el embarazo de la perfidia y el salto de un mosquito ese su andar, acompañado de brazos tan largos que le aparejaban al simio. Era su túnica el espejo de la mugre y con ella podía envolver el alma tan misera como sus sandalias revejidas. El olfato advertíale a distancia avinagrando el gesto. De mozo abandonó su patria e hizose un sabio; de viejo quemó su biblioteca, llamóse un hombre libre y volvió a la patria. Odiaba a Trista y dábanle los puños del tuerto reposorio a su único, miedoso amor en el mundo. Ellos le sirvieron de égida contra golpes hambrientos de su carne filosófica y puntapiés femeniles. Trista le había infligido cien varazos: diez por reincidencia en la embriaguez, noventa por atentado al pudor. El mentaba los casos con su marrullero confidente, y la ira entonces le labraba en la carne una caricatura ominosa, que aquél borraba con vasos de mistela. Unía a su apodo el de verraco.

Aquella noche, Trista se ciñó la túnica más bella, puso sobre sus sienas la corona y tomó la lira con manos empapadas en esencia de verbena. Después, seguido de sus guardias que llevaban, por sables, flores, bajó de su palacio de piedra. Más bello que los dioses resplandecía en su beldad la dulzura de un santo. A su cuidado floreciera el reino como vegetación lozana al ojo del prudente jardinero. Sus súbditos, antes idólatras, conocieron un dios espíritu y las sendas el blancor de las estatuas. La beneficencia común, el respeto a la justicia, motiváronle versos que figuraban escritos en todos los portales. Los niños educábanse en el amor a la humanidad. Una vez abolida la casta militar, convirtiósese en juez y caudillo de su pueblo. Era, así, el reino, mística diadema de ternura y de ilusión que él ofrecía beato a sienas inmortales. Un simulacro de la victoria humana labrado en el oro que halló en las arcas remató su empresa y ante admiración unánime hizo levantar sobre granito, áurea mujer en cuya frente rutilaba un lucero de celeste fulgencia, símbolo del bien, más claro todavía al abrigo de dos alas peregrinas que decían de la verdad y de la belleza. Los fastos y el vuelo de las estaciones florecían en odas los labios de Trista y él, esa noche, a la sombra del simulacro magnífico, saludaría al otoño.

Negreaba la multitud cuando llegó a la plaza. El zumbar

de las abejas en torno a los panales nunca fué tan dulce al corazón de Trista como el batir de palmas de su pueblo generoso. Abandonó su séquito y penetró en la muchedumbre. Cayeron nuevos aplausos. Trista había llegado al pie de las gradas monumentales. Un silbido rápido, procaz, hendió el aire. Llevando en hombros al filósofo, el tuerto guiñaba su único ojo, feliz con la travesura que acentuó el golpear de sus abarcas ferradas. Vociferó amenazante el pueblo, pero la voz atiplada del filósofo le contuvo.

— ¡Viva nuestro padre, el Esperado!

Trista miró sombríamente al filósofo, que agitaba bondadoso y entusiasta un blanco gorrito de lana; en torno a él pululaba una multitud de gorritos iguales extendida entre las masas de pueblo en largas filas ondulantes como los tentáculos de un pulpo chupando la presa. Lastimado por la angustia, Trista saludó de nuevo.

Habíanse tendido los guardias en el suelo y la muchedumbre contemplaba absorta aquella blanca figura que ascendía por las rojas gradas llevando en las manos una lira. Trista llegó a la basa del pedestal. La luna, dando sobre las alas de la Victoria, hacía turgentes en luminosidad nevada los brazos y pechos de oro, y nielaba el ropaje simbólico tendido al soplo de una brisa ilusoria. Grande y puro, como caído del azur, el lucero ponía sobre la frente gloriosa esplendores siderales. Trista, inmóvil, cubierto por la mágica fluidez, contemplaba aquel gentío mudo sobre el que las estrellas esparcían sosiego. Límpida la noche anunciaba el otoño, muy lejos, parecida a nubes nacientes, perdíase una cordillera y los campos reseco estaban cubiertos de nieblas argentadas. Subió al corazón de Trista una embriaguez que hizo lúcidos sus ojos penetrantes, vagaron éstos por los campos muertos y posáronse en el amenazador tumulto de los gorros de lana; después, echando atrás la cabeza, hirió los bordones y un arpegio voló hacia las sombras serenas. El silencio volvíase tangible malgrado la agitación que cundía en el pueblo ya sacudido por extraño rumor. Eran las nupcias sagradas del cielo y de la tierra eternamente genitora lo que cantaba aquella voz siguiendo el correr de las manos sobre la lira de marfil. Ricas y fluyentes mecíanse, flotaban las notas en el canto, rodando luego como aves heridas de muerte. El viento acariciaba manso la túnica de Trista y la

multitud callaba. De pronto sonó un chasquido, igual a una culebra el lazo arrojado por el tuerto enredóse en la cabeza de Trista e hizo caer la corona; aleve, titubeando, golpeó luego la lira, que rodó por las gradas con gemido humano. Estallaron gritos. El filósofo descargó un puñetazo furibundo sobre la cabeza del tuerto. Trista había quedado ileso e imperturbable miraba a la multitud. El pueblo arremolinóse y un horrible clamor apagó la vocecilla del filósofo. Este, impacientado, mondó una naranja, el tuerto encogíase, temiendo un nuevo puñetazo; ambos estaban seguros entre las móviles murallas coronadas de gorros blancos. Algunos pugilatos sonaron dispersos, entre rudas interjecciones; la vivacidad del encono iba a trocarse en batalla campal, cuando Trista, tendiendo sus manos fraternales, dijo con voz segura:

— Hermanos míos, se me ha injuriado, muchos responden a esa injuria. Estoy dispuesto a escuchar y a hacer justicia, aun en mí mismo.

— ¡Bien! — gritó el filósofo, tomo la palabra, — y apoyando las manos sobre la cabeza del tuerto sonrió malignamente, luego descubrióse saludando con el gorrito. Su tos prolongó la pausa ansiosa. Como alguien pidiera que castigasen con la cárcel su osadía, respondió:

— Mi palabra es venerable, la uso por voluntad de mi rey, — e hizo un cínico gesto de obediencia. Algo nauseabundo, despedido por mano certera, se estrelló en su rostro: limpióse nerviosamente y contuvo una obscenidad; en sus ojos sin pestañas brillaban lágrimas de ira.

— Me llaman el filósofo, — dijo, — poco importa mi verdadero nombre. Soy súbdito tuyo y me confieso causante de este alboroto. Has de saber, mi dulce rey, que te odio, te odio por los varazos recibidos y te odio por ese amor indistinto y estúpido que profesas a la humanidad...

El pueblo conmovióse agitado en un sordo oleaje de cólera. Las manos de Trista se alzaron como palomas de candor:

— Paz, hermanos míos.

La voz rodó enterneciendo los corazones. Un enorme garrote mecíose en el aire y cayó a los pies del tuerto; éste cerró el ojo, medroso ante el ataque, los talonazos del filósofo sobre su pecho, le hicieron brincar.

Se oyó de nuevo al orador, hacia grandes esfuerzos para

ser oído, mas a corta distancia su voz moría con zumbido de insecto. El tuerto ayudóle repitiendo sus palabras y la atención fué más viva. El filósofo acusaba a Trista de haber corrompido al pueblo con la mentira de un amor y de un Dios omnipotente, declaraba lo bello un sofisma y pedía el culto de la naturaleza. Sus palabras, repetidas por el tuerto, llenaban la atmósfera de sutil veneno. El discurso fué largo, entrecortado de imprecaciones y gestos incisivos; golpeaba sobre un solo tema: la naturaleza, la primitividad humana, el instinto redentor. Terminó erigiendo el hambre y la lujuria en bases del gobierno; el filósofo reclamaba, por tanto, que Trista abandonase el trono. Tenía la frente húmeda de sudor y se hallaba fatigado, pero aun le quedaron fuerzas para gritar despreciativamente con su boca fétida.

— ¡Poeta! ¡poeta! ¡poeta!

Sonaron risas distantes, las palabras del filósofo, ahogadas en ridículo por los fieles a Trista, hicieron más compacta la multitud adversaria. El silencio que sucedió estaba lleno de amenazas. Ensombrecido por aquella hilaridad sin convicción razonada, Trista prorrumpió:

— ¡Alcanzadme la lira!, palabras tan insensatas no merecen una respuesta.

El filósofo, haciendo muecas, se puso en jarras sobre los hombros del tuerto. En sus labios jugaba una sonrisa falaz, parecía guardar una razón centelleante, su calva tenía el brillo de la miel. Con dedo raquíptico señaló a Trista:

— Amas la verdad, en nombre de ella te hablo. Aquí te creen un ser divino. Responde: ¿quién eres tú?

Se oyó la clara voz de Trista:

— Soy un hombre simplemente y porque os amo me ilumina Dios.

— ¡Pueblo, te han engañado! ¿oyes?

Nadie respondió, la muchedumbre se apretaba como rebaño que amenaza el lobo. Mirábase angustiosamente a Trista en medio de un silencio feroz. El filósofo lanzó su gorrito al aire recogéndolo con el índice, y prosiguió, severo:

— Nos amenaza el hambre, la sequía ha devorado las cosechas y tú nos insultas cantando a la sombra de una estatua de oro. Es necesario fundirla para lograr moneda.

— ¡Nó, nunca! — respondió Trista con acento en que se

perdía un ruego. Sus brazos abiertos protegían vehementes la vencedora imagen del espíritu.

El filósofo soltó un chillido glorioso y prorrumpió dirigiéndose a la muchedumbre:

— Pueblo de mi corazón, ¿sufrirás que tus intestinos se vuelvan pífanos?

Había arrojado sus sandalias subiéndose a la ancha cabezota del tuerto. El viento levantábale la túnica y dejaba desnudas sus piernecillas amarillentas cubiertas de lanugo gris. Para avivar su oratoria el agudo dialéctico hacía visajes, apretándose el estómago atarazado por un apetito prematuro. Reía. Algunas voces de protesta murieron estranguladas en griterío. Los parciales del filósofo clamaban estentóreamente:

— ¡Sús, a él!

Huyeron los guardias de Trista cobardes y presurosos arrojando sus armas perfumadas. Hubo en la multitud un movimiento pesado como de charca que un guijarro sacude, después remolinos enérgicos y gritos ahogados. Un sordo vivó a Trista y cayó bajo puños furiosos que resonaron en su cuerpo infeliz. Desbordóse por fin el hatajo chillante y sómbrio en oleadas enloquecidas. Las palabras del filósofo encandecían el desorden cual ave fatídica revoloteando sobre un campo de crimen:

— ¡El hambre! ¡el hambre!

Trista veía brazos formidables, bocas deshechas en insultos, deprimidas frentes: todo un pueblo que le vejaba y, ante esa ingratitud, algo tibio, desde adentro, le tocó los ojos y sus pestañas húmedas brillaron. Un salivazo del tuerto le dió en el rostro:

— ¡Hermanos! ¡hermanos míos!

Nadie le oía. Un gañán vociferó:

— ¡Vamos a matarlo!

El filósofo acudió diligente:

— ¡Dejadlo! — objetó. — ¡que se vaya en paz! — y apoderándose de la lira de Trista la hizo pedazos. Sentía punzar sus carnes el escalofrío del dominio: su figura aciguatada tomó una actitud imperativa:

— Daremos fuego a su obra y me levantaréis una estatua módica, de arcilla — exclamó, restregándose sus manecitas semejantes a arañas.

Trista descendió resignado. Un tufo canallesco le rodeaba.

El tuerto había repartido silbatos y miles de bocas ensordecían el aire: era una música agria, monstruosa, que acompañaba el batir de los pies sobre el suelo tonante con gruñido opaco de tambor. El filósofo la dirigía usando una sandalia a modo de batuta. Trista avanzó en medio de la turba, y, viendo un claro, huyó. Llegáronle injurias amortiguadas en golpear de plantas perseguidoras, después no fué más que un doble rumor afanoso y pertinaz. Volvióse y divisó al filósofo.

— ¡Trista, mi querido Trista! — gimió éste usando la mano a guisa de cornetilla, — te he derrotado, haz lo posible por consolarte y acepta un consejo: vive en aquellas montañas un eremita llamado Fabián que es el más justo de los hombres; en él hallarás el sumo bien que buscas. ¡Adiós!

Y fuése silbando, con su joroba flácida.

Trista quedó solo. Nitida, a la claridad lunar, resplandecía la Victoria de oro y sus grandes alas conjuraban una esperanza suprema. Repentinamente la vió oscilar y caer. El mísero contuvo un sollozo y alejóse desesperado. Poco después un penetrante olor de cosa ardida traspasaba el aire. Trista volvió los ojos hacia su antiguo reino y divisó una vasta claridad rojiza aplastada por negros nubarrones; semejava la aurora. Algo como saetazo del destino hendió su pecho bajo la noche amarga, con saeta quejumbrosa. Y se tendieron dos brazos y rodaron lágrimas ante las llamas.



Nieve en la montaña, traidora nieve que azotaba la piedra con el desgajarse de los abetos, a golpes de reciedumbre pavorosa y un brillar trémulo como fulgir de hachones en su lívido cristal. Arriba, nubes pardas, nubes grises: un desencajamiento tumultuoso de los cielos en que el invierno cuelga heladas lejanías; el viento restregábase en las cimas, cantaba, silbaba, rugía y todo el llorar de los oquedales, todo el gemido de las gargantas que por años no estremece sombra viva, despertaban en aquel rugir como de pechos esclavos en arrebató sacrílego. Más allá, ante fondo acuoso, altos picos fantasmales y nubes también pardas, también grises, volando sobre la satánica pureza de un infierno de nieve. El crepúsculo caía.

— ¡Fabián! ¡Fabián!

La voz se perdió volviendo desflecada en ecos, despedida en su rebote contra flancos de móviles alburas, y la huraña tempestuosa pareció animarse, vivir en las palabras sollozantes.

— ¡Fabián, justo entre los justos!

Trista se había detenido: los pies sangrando, hinchadas las venas, suspendido en resollar el esfuerzo prodigioso. Un eco llegó dulcísimo.

— ¡Aoh! ¡oah! ¡aoh!

El peregrino irguióse. Sus manos guiadas por la voz salvadora arañaron la nieve escurridiza.

— ¡Fabián! ¡Fabián!

La ascensión recomenzó bajo el sordo estrépito del nevar apaciguándose más fino y lento. Un crujir de músculos cimbraba la respiración ebria de porfía, gotas sangrientas marcaban un sendero luminoso bajo las plantas del peregrino, y su mirada hundíase dominadora en el blancor de las faidas amontonado en crecientes bloques como lágrimas ciriales, cada vez más grandes que el pábilo consume.

— ¡Aoh! ¡oah!

Trista tendióse boca abajo, había llegado a una explanada que amurallaban oblicuos picachos. Sus pupilas interrogaron ávidamente la inmensidad manchada de penumbras crueles.

— ¡Aoh! ¡oah!

El desventurado no pudo gritar y respondió golpeando el hielo. Lánguida, ya, caía la nieve ondulando en el aire deshecha y dormida. Las cimas próximas ahogábanse en noche. Trista se puso de rodillas.

— ¡Aoh!

Una sombra delgada se movía allegando rumor de hierro. La sombra se detuvo, arqueóse inquiridora y avanzó hacia Trista.

— ¡Hermano mío!

La voz del peregrino se cortó. Aquella sombra hería el naciente fulgor de la luna con expresión sobrehumana. Un hábito monjil sobre el que desparramaba el viento barbas grises cruzadas por llares sosteniendo un cráneo en cuyas órbitas el viento se partía, uñas aciculares y larguísimas en las manos, que velaban los ojos y en los pies amoratados, hablaban de un sortilegio vuelto horrible por aquel capuchón culminante sobre las rugosidades del hábito como un filo de peñasco. La sombra quedó inmóvil.

Trista imploró:

— Vengo por ti en pos de seguro. El amor a los humanos me ha llevado a tu montaña. Tengo hambre y frío.

Levantóse a tientas. Había cesado de caer la nieve y el cielo ya nocturno abríase en zonas de claro azul. Sobre las aristas hostiles se derramaba una viva luminosidad violeta y era dulce la luna, en la soledad vacía, con su cándido brillar.

Una voz como de fantasma perdido en pesadilla salió de la boca oculta por la pelambre gris:

— Se acerca el fin de mis días y temo proximidades impuras. ¡Vete, por mi salvación te lo pido!

La voz apagóse, susurró, después, implorando:

— Ruega que mi cuerpo se vuelva lirios y mi alma luz.

Trista sofocó un grito: aquel espectro de la beatitud se alejaba inmovible y duro sin volver una mirada. Tendió las manos al cielo límpido y espolvoreado de estrellas, y lanzóse enloquecido por el desierto blanco. El silencio invernal se desgarró en sollozos. La sombra de Trista arrojaba figuras de demencia sobre el albor iluminado; el mísero buscaba la muerte y de sus labios salía el grito ardiente como dardo en llamas:

— ¡Hombres, hermanos míos! ¿no hay piedad para mí? ¡yo os amo! ¡os amo!

Estaba al borde de un abismo alucinante, más negro que una tumba: atraíale la muerte fiel y apaciguadora, con reclamo de misterio. Por un momento sus manos temblaron en el vértigo, después, horrorizado, echóse atrás.

— ¡Perdón! ¡perdón!

Imploraba a alguien, mas sólo el viento le respondía trayéndole ecos de salmodia funeraria. Su sombra relucía en la nieve magnética y clara como hecha de pupilas infernales. A ciegas logró un desfiladero, camino de abajo. Quería llegar al valle, y en su imaginación, por trueque insólito, veía los regatos y el humo gris que subía de las aldeas coronando una existencia para siempre despojada de fervor. Se apagaría como una candela egoísta y alba en su propia luz: ni lágrimas ni risas a su muerte. Este pensamiento le angustiaba, clavando en su fe una cuña de fuego. Hubiera deseado ser soplo, nube o sol para volcar sobre los humanos el poderío de ternura hundido en su pecho, cueva recóndita. El pensar lo atajó aliado a la fatiga. Rodeando el montículo que le daba apoyo sonreía la eterna blancura.

Permaneció largo rato más inmóvil que aquellas cimas, bajo la torva dureza de una fantasía tocada de sombra cual las fajas de nieve que lamía la noche.

Despertóle un ladrido. Lacerioso y gemiente un hombre pelirrojo que guiaba un perro se le acercó:

— Te he oído, — dijo; — en castigo de un crimen me abandonaron en esta montaña y no podré volver sino con dos ojos humanos. ¡Dame los tuyos! ¡mi amada es tan bella!

Los dientes del perro brillaron acerinos. El pelirrojo abrazaba las rodillas de Trista.

— ¡Dame tus ojos! ¿no amas a los hombres?

Trista se arrancó los ojos y los tendió al réprobo: ardian como estrellas.

— ¿Quién eres tú, divino?, todos me odian y tú ¡ah, divino!

El pelirrojo contemplaba arrodillado la dádiva fulgurante, y sus palabras salían con hipo ronco. Trista aventuró las manos, extraviado. La sangre cubría su faz con espesa máscara roja, caía en gotas tibias manchando la túnica desde las fuentes sombrías. Al tocar las órbitas, sus dedos hundiéronse, le oprimía la garganta un anillo tenaz, figuras monstruosas danzaban ante él en una noche sin límites.

— ¡Tengo miedo, hermano, no me dejes solo! — imploró.

— Toma mi perro, conoce la montaña.

Trista seguía tanteando:

— Llévame hasta el valle; ¡por piedad no me abandones!

El pelirrojo miró hacia abajo: veía carnes rosadas y brazos de amor:

— Espera, — dijo, — volveré mañana.

— ¡Hermano, me siento morir!

Trista oyó pasos apresurados y, después, una canción. Intentó moverse y resbaló cayendo de espaldas. La nieve con dientes ávidos mordió su nuca. Un escalofrío mortal le invadía y, de sus órbitas, la sangre aun no coagulada manaba en hilillos siniestros en los pómulos. Su cuerpo se hundía más y más. De pronto, un contacto húmedo y ardoroso le acarició el rostro: el hombre abrazó al perro: luego, éste, soltando un ladrido, huyó.

Escuchóse un retumbar, quizás algún macizo que rodaba; después todo volvió al silencio. La noche resplandecía sobre el paisaje inerte, alumbrado ya por la presencia de un espíritu.

El viento, más recio ahora, movía grandes nubes vaporosas y serenas como vestiduras celestes asomadas a lienzos de adoración sobre un retablo infinito. Lucían los astros con temblar renaciente en el hielo que franjeaba de espuma etérea la luna alta en el cenit. Y, en la plegaria salida de dos labios muertos, el silencio montañés, bajo el fulgor del universo, cobraba la pía serenidad de las eternas sombras.

ARTURO VÁZQUEZ CEY.